

Yusuf ibn Amir

YUSUF IBN AMIR, El Tercero.

HUÉSCAR, Marzo de 1369, el 770 de la Hégira.

Me llamo Yusuf Ibn Amir, como mi abuelo y como el abuelo de mi abuelo. Tengo veintidós años y quiero contar una historia. Mi historia. Vivía en el lugar que llaman Huéscar, al norte del reino de Granada, aunque mis tres últimos años, quizá los más decisivos, han transcurrido en la capital del reino nazarí. Allí trabajé para mi Rey, Muhammad V, en la construcción de los palacios de la Alhambra, concretamente en la Puerta de Levante y también en la fachada del Palacio de Comares, cuyas obras aún no han concluido.

Los hombres de mi familia, a pesar de vivir tan alejados de la capital del reino, casi todos trabajaron para los reyes en las obras palaciegas. El primero de ellos, mi tatarabuelo, Yusuf Ibn Amir, el Primero, lo hizo allá por 1238, en el pasado siglo, cuando el primer rey, Alhamar, que tomó el nombre de Muhammad I, decidió instalar la residencia real en la vieja fortaleza situada en la colina de la Sabika. La primera actuación en aquel lugar fue la construcción de la Acequia Real, con la que convertir las tierras secas en un rico y bello vergel. Fue una obra impresionante. En el río, a unos doce mil codos de distancia, se había construido una presa y desde ella la gran acequia conducía el agua hasta aquellas tierras inhóspitas y estériles. Alhamar, que había sido agricultor en sus tierras de Arjona, sabía cuán importante era el agua para extraer de la tierra todo el fruto. Todo esto me contaba mi abuelo del suyo y de cómo presencié la inauguración de la acequia en el año 1239, ante la asombrada mirada de los habitantes de la ciudad.

Mi tatarabuelo había llegado poco tiempo atrás procedente del Valle de Segura, de su tierra, a la que él llamaba Saqura, huyendo de los cristianos que lo habían expulsado de Salfaraz, el lugar donde habían vivido sus antepasados. Aunque en el fondo pensara otra cosa y presintiera que nunca más volvería a ver aquellos lugares, mantenía que algún día, cuando fuera un hombre poderoso, regresaría y acabaría con aquellos perros castellanos que le habían usurpado lo que era suyo. Pero las cosas no iban a ser así. Cuando llegó a Huéscar, pueblo que estaba creciendo mucho precisamente por la llegada de refugiados que venían del norte, creyó que arribaba a tierra

musulmana y que nunca más vería a los cristianos. Y, en efecto, al principio fue así, pero la ventura duró poco tiempo.

Al llegar con su madre y sus dos hermanas, la situación no podía ser peor. No les quedaba nada. Las ovejas y el asno los habían perdido en el camino víctimas de los lobos. No tenían casa y tampoco dinero. Hizo todo tipo de trabajos, pero la mayoría de sus vecinos estaban en situación parecida a la suya y no contaban con qué pagarle. Por eso, cuando corrió la voz de que el Rey necesitaba abundante mano de obra para llevar a cabo distintas obras en la fortaleza, que quería convertir en un gran palacio que engrandeciera su reino, no lo dudó. Dejó a su madre y sus hermanas con unos familiares lejanos que habían llegado de Beas, que estaban solos y necesitaban ayuda para cuidar un pequeño rebaño. Vivirían con ellos hasta que él volviera de Granada y pudiera conseguir una vivienda. Cuando transcurridos dos años y medio regresó, feliz por haber aprendido un oficio y por el dinero conseguido, se encontró con una situación parecida a la que había vivido en Salfaraz: estaban llegando los cristianos diciendo que Huéscar, era aldea de Segura y como tal, les pertenecía. Los musulmanes, sin embargo, más numerosos, no estaban dispuestos a aceptarlo. La mayoría de ellos ya habían sido expulsados de sus tierras y no iban a permitir que volviera a ocurrir. Hubo numerosos y violentos enfrentamientos durante bastante tiempo. En el año 1246, Muhammad I, que aún no se sentía con suficientes fuerzas, se vio obligado a reconocer la propiedad de los cristianos, firmándolo en lo que se llamó El Pacto de Jaén. La población, sin embargo, nunca lo aceptó y siguió enfrentándose a ellos hasta que en el año 1252, el Rey, con su ejército y con la ayuda de los pobladores, logró derrotarlos.

Pero la vida nunca fue tranquila para mis antepasados en Huéscar. Nunca llegaron a ser plenamente felices, nunca lograron deshacerse del todo de los cristianos. En 1271, sus tropas cercaron la población y nuevamente la tomaron. Yusuf Ibn Amir, ya mayor, no podía soportarlo una vez más. Con los soldados ocupando ya las calles, espada en mano, se enfrentó él solo a diez de aquellos infieles, con la serenidad de quien sabe que, al acabar la trifulca, no sería esclavo de nadie. Así murió mi tatarabuelo. Salió de Salfaraz con sólo veinte años para no enfrentarse a los cristianos y murió a sus manos en aquella tierra granadina que nunca la sintió como suya.

Su hijo, mi bisabuelo; su nieto, mi abuelo; mi padre... todos tuvieron una vida dura marcada por los enfrentamientos constantes con los cristianos. Sólo a partir de 1324, en tiempos del Rey Ismail, se vivió un periodo de relativa tranquilidad. En este año y aprovechando la debilidad de la corona de Castilla por la minoría de edad del rey Alfonso XI, nuevamente Huéscar volvió al reino de Granada y dentro de él permanece hasta nuestros días, aunque con la intranquilidad de saber que siempre están y estarán al acecho.

Mi abuelo, que era quien me contaba estas historias, había mantenido vivo el espíritu del primer Yusuf Ibn Amir. Era él quien conservaba viva la nostalgia, el deseo de volver a Saqura, a Salfaraz. Yo crecí con el mismo sentimiento, con la idea de regresar a aquellas tierras que habían sido de nuestros antepasados, unos lugares que había engrandecido e idealizado.

En 1366, me desplazé a Granada, ante la noticia de que se iban a acometer importantes obras en el conjunto palaciego de la Alhambra. Nunca pensé que mi estancia en la capital del reino iba a ser tan determinante para mí. No tuve ningún problema para ser contratado, tan pronto como di a conocer los nombres de mis ancestros: tenían un gran recuerdo de ellos.

Trabajé duro y me convertí en un gran profesional, pero, sobre todo, cambié totalmente. Era un joven espabilado e inquieto que todo lo quería aprender. Se puede decir que acabé siendo un hombre instruido. En las obras compartí trabajo con gentes de muy variada procedencia y condición. Me relacioné con esclavos cristianos, que habían sido apresados en Úbeda cuando nuestras tropas, en 1367, arrasaron e incendiaron la ciudad. De ellos aprendí muchas cosas, entre otras, su lengua, la cual conozco a la perfección. También conviví con los esclavos judíos de Jaén, que habían sido vendidos por Pedro I a nuestro Rey. Pero lo que marcó definitivamente mi vida fue el hecho casual de conocer personalmente al gran poeta e historiador Lisan al-Din ibn al-Jatib. Un verdadero sabio que dominaba todas las parcelas del conocimiento y de quien aprendí casi todo lo que sé. En esta época era el personaje más importante de la Corte y gozaba de la amistad y el reconocimiento del Rey y también de los granadinos. Lejos estaba de conocer el triste final que le depararía el destino.

Todas estas experiencias moldearon al nuevo Yusuf. Yo, antes, tenía claro dónde estaban el Bien y el Mal. Inculcado por mi abuelo y por el ambiente bélico de Huéscar, creía en la Guerra Santa, la que nos llevaría a la muerte y expulsión de los cristianos hasta la recuperación del antiguo esplendor de Al-Andalus. Ahora veía las cosas de otro modo. Tal vez el mundo no se dividía entre el Bien, los musulmanes, y el Mal, los cristianos. Había conocido de cerca las intrigas y luchas fratricidas por el poder, las mentiras y asesinatos protagonizados hasta por los mismos reyes, los hermanos Muhammad V y Muhammad VI. En nada se diferenciaban de las que, estaban manteniendo Pedro I y su hermanastro Enrique de Trastámara en el reino de Castilla. Tal vez el mundo se dividía entre los poderosos, los que hacían y deshacían a su antojo y que acumulaban todo tipo de riquezas y los humildes a quienes exprimían y manipulaban a su voluntad e involucraban en sus guerras.

Así era yo en 1369 cuando supe que el Rey de Granada estaba movilizando un gran ejército para ayudar al Rey Pedro I de Castilla, que iba a combatir a su hermano bastardo Enrique, el cual le quería arrebatar el trono. Era la oportunidad. Se podía decir que yo era ya un escéptico y que la Guerra Santa había pasado al olvido. Pero seguía anhelando volver a las tierras de mis antepasados, a Salfaraz, en Saqura. Muy cerca de allí se iba a producir el enfrentamiento definitivo que dirimiría quien iba a ser el rey de Castilla. Mi Rey, Muhammad V, iba a combatir del lado de Pedro I, contra Enrique, enemigo acérrimo del pueblo musulmán que contaba, entre otros apoyos, con el del Maestre de la Orden de Santiago. Si el Trastámara era derrotado nuestro rey pediría las tierras que ahora ocupaba la Orden Militar en las proximidades del reino nazarí, entre otras las del Valle de Segura. De este modo, yo podría hacer justicia y recuperar lo que hacía más de un siglo habían arrebatado a mis antepasados.

Con esta idea salí de Granada en los primeros días del mes de marzo, hacia Huéscar. Me detuve en el camino sólo lo imprescindible para reponer fuerzas. Una noche la pasé en Baza, donde vivía gran parte de nuestra familia que había llegado también en el pasado siglo desde Peñolite. Seguían trabajando la seda igual que habían hecho en su tierra y eran ya reputados artesanos. En Huéscar abracé efusivamente a mi madre y mis hermanas y seguidamente pasé a

contarles lo que pretendía hacer. Mi madre lloraba desconsoladamente mientras trataba de disuadirme. Pero yo estaba totalmente decidido. Le entregué casi todo el dinero que había ahorrado en Granada, con el que podrían vivir holgadamente mucho tiempo y dos días después me dispuse, por fin, a cumplir el sueño de mi abuelo, Yusuf ibn Amir, el Segundo, y del abuelo de mi abuelo, Yusuf ibn Amir, el Primero. Iba a recorrer, aunque a la inversa, el mismo camino que él hizo, unos ciento treinta años antes. Cabalgaba en solitario, siempre en dirección Norte, a lomos de mi viejo caballo y en el camino tuve tiempo de rememorar la historia que había oído tantas veces de boca de mi abuelo y que recordaba hasta en el más mínimo detalle.

YUSUF IBN AMIR, El Primero.

SALFARAZ. EL PADRASTRO. Año 1238, el 635 de la Hégira.

Yusuf ibn Amir, el Primero, vivía en Salfaraz, una pequeña población situada al norte del Valle de Segura, junto con su madre, Noor y sus dos hermanas, Selima y Samira, ambas menores que él. Su padre había muerto cuando era aún un niño, siendo este hecho el único que le impedía contar que había disfrutado de una infancia plenamente feliz. Pero lo había sido a pesar de ello. Hubo de crecer muy aprisa para asumir el papel de hombre de la casa y así lo había hecho. Cuidaba de su madre y de sus hermanas, del ganado y de las labores del campo. Ellas, a su vez, sentían verdadera veneración por él.

Habían transcurrido ya unos años desde que comenzara el siglo XIII de los cristianos. De la zona de Montiel, situada al norte, llegaban noticias cada vez más preocupantes: los castellanos estaban invadiendo el territorio. Y avanzaban hacia el sur. Se había celebrado una batalla, a la que ellos llamaban de las Navas de Tolosa, en la que habían aplastado a nuestros hermanos musulmanes. Las tierras de Segura, junto con las de Montiel, pasaron a manos de los temibles guerreros de la Orden de Santiago, y éstos, al parecer, habían decidido expulsar a todos los pobladores de estas montañas. “¿Qué podían hacer –se decían- si ellos sólo sabían laborear la tierra, cuidar de los ganados, trabajar en el monte...?”. Los Almohades, que sí eran guerreros y que podrían haber defendido el lugar, optaron, tras la derrota, por abandonarlo. Así comenzó todo. Necesitaron de muy pocos soldados para amedrentar a los campesinos y obligarles a marcharse.

Fue precisamente Salfaraz uno de los lugares que pronto ocuparon. Era la primera población de todo el territorio en el camino de Montiel a Segura, tras cruzar el río Guadalmena, al que los árabes llamaron “Guadalquivir Viejo”. Se encontraba en un pequeño montículo. Aunque sumaba pocos vecinos, no más de veinte familias, contaba con una muralla, de escasa altura, y hasta disponían de un humilde lugar donde cada día sus gentes oraban y daban gracias a Allah por sus bondades. Los hombres araban la tierra para extraerle las casi siempre parcas cosechas y cuidaban del ganado, labor para la que contaban con la ayuda de las mujeres y de los niños. Era

su principal medio de vida. De las ovejas obtenían carne, leche, y también la lana y la piel, que vendían en Beas, importante población, donde había reputados artesanos que fabricaban todo tipo de tejidos que comercializaban por los territorios de Al Andalus.

Los vecinos de Salfaraz llevaban ya meses preocupados. Sabían de lo ocurrido en la maldita batalla. Apenas se atrevían a abandonar el recinto amurallado. Sólo los hombres, en grupos, y el tiempo imprescindible. Rezaban a Allah para que les protegiera de aquellos salvajes, para que se olvidasen de ellos. Al fin y al cabo eran un pueblo pequeño. Querían que pasaran de largo, camino de Segura, de Orcera, de Siles. Pero no les debió escuchar. Un día de otoño, a media mañana, un grupo de jinetes apareció por el camino que desde Montiel conducía a Beas, para adentrarse después en las ricas tierras del Río Grande, el Guadalquivir, Al-wadi al-Kabir de los árabes. Al ver el poblado se detuvieron. Estaban entre la pequeña montaña puntiaguda, situada al saliente y la otra grande, a la que llamaban Cabeza de Salfaraz. A menos de media milla. Allí permanecieron todo el día, en un pequeño pinar existente en el lugar. Se observaban movimientos. Tres jinetes se separaron del grupo y estuvieron cabalgando por los alrededores. Borearon el pueblo por el sureste y luego bajaron hacia el río Herrero, regresando después sobre sus pasos. Más tarde otro grupo hizo lo propio, descendiendo por el arroyuelo que discurría entre aquél lugar y la pequeña colina donde se asentaba Salfaraz. Estaban, evidentemente, inspeccionando el lugar.

Los vecinos los observaban resguardados tras la pequeña muralla. Desde que los vieron, corrieron a los campos para avisar y recoger los ganados. Pronto estuvieron todos a buen recaudo, cerraron las puertas y allí quedaron expectantes. Yusuf fue de los últimos en llegar, pues había salido muy temprano con el ganado hasta las inmediaciones del Guadalmena. Era un zagal, enjuto, delgado y ágil como una liebre. No había cumplido aún los veinte años pero su temple y sabiduría le hacían ser una persona muy respetada por sus vecinos. Por eso, cuando la mayoría planteó en un primer momento salir al encuentro de aquellos jinetes, hubo de emplearse a fondo, con sus mejores razones, para hacerles desistir. Era, a su parecer, un atrevimiento de imprevisibles consecuencias. No conocían sus intenciones, ni siquiera quienes eran, aunque se temían lo peor. Estuvieron debatiendo todo el día y al final tomaron una determinación: cuando entrara la noche

se acercaría al lugar donde estaban acampados para verlos más de cerca. Y así lo hicieron. A la media noche salieron sigilosamente. Se descolgaron por las tapias traseras del poblado, las que daban al norte, para evitar ser vistos, ya que no sabían si alguien los vigilaba. Salieron tres: Yusuf, su amigo Hassan e Ismail, éste último mayor que ellos. Descendieron veloz y sigilosamente la ladera hasta llegar al arroyo y desde allí se condujeron aguas arriba hasta situarse muy cerca del lugar de acampada. La claridad de la luna llena era un arma de doble filo, dándoles una visibilidad envidiable, pero obligándoles a ocultarse entre los arbustos para no ser descubiertos. Avanzaron un poco más y, por fin, a la subida de un repecho, los vieron. Estaban descansando, bañados por la tenue luz de unas lumbres casi extintas. Dos centinelas hacían guardia, uno sentado sobre una roca y el otro haciendo una ronda parsimoniosa. No parecían preocupados. Estaban a unos quinientos codos de distancia y se les podía observar bien. Los peores augurios se habían hecho realidad, eran aquellos soldados cristianos que cubrían su cabeza con una especie de malla gris, de la que sólo asomaba una larga barba. Vestían con un sayal blanco adornado con una gran cruz roja. Un escalofrío corrió por sus cuerpos. Nunca habían visto a los cristianos. Tan sólo Yusuf conoció a algunos de ellos en Beas, pero allí eran gente humilde, que vivían en un barrio de las afueras y que no causaban problemas a nadie.

Contaron los caballos. Eran veinticinco. Si se decidían a atacar el pueblo, estaban perdidos. Nada podrían hacer ellos, pobres campesinos, tan solo diez o doce en edad de pelear y sin pertrechos, contra aquellos hombres de la guerra.

Apesadumbrados regresaron. Todos les aguardaban expectantes. Nadie había intentado dormir, ni siquiera los niños. Cuando les contaron lo que habían visto sintieron como que una gran losa caía encima. El miedo y el desasosiego se apoderaron de ellos. “-Allah, ¿Por qué nos abandonas? ¿En qué te hemos ofendido?”- se preguntaban.

Nadie pegó un ojo aquella noche en Salfaraz. Mientras los más jóvenes se turnaban haciendo guardia, los mayores discutían acerca de qué hacer al día siguiente sin llegar a acuerdo alguno.

Apenas había comenzado a amanecer cuando detectaron actividad en el campamento. Parecía que estaban preparando sus monturas y que lo recogían todo. Al poco tiempo montaron y tomaron camino de vuelta por donde habían llegado. ¿Se iban?, ¿Había escuchado Allah sus súplicas? Por un momento pareció que todo iba a quedar reducido a un mal sueño. Pero, por desgracia, no fue así. No habían cabalgado más de mil codos cuando se detuvieron. Entonces se dividieron en dos grupos, uno formado por cuatro jinetes se desvió hacia la izquierda y comenzó a subir la escarpada ladera de aquella montaña puntiaguda. El resto de jinetes permaneció un tiempo observándolos y a continuación reanudaron su camino en dirección al saliente, despidiéndose con gritos y agitando las manos, a la vez que ponían al galope sus monturas.

Los cuatro que se habían quedado descabalaron y se asentaron en un pequeño rellano, a mitad de la ladera. La gente de Salfaraz no entendía lo que estaba sucediendo hasta que Ismail, el amigo de Yusuf, exclamó:

“-Sé lo que está ocurriendo. Ya sucedió en Montiel hace unos años. Me lo contó mi tío Aban que vivía allí. Como aquí, habían llegado estos infieles, estos malditos cristianos, pero en lugar de atacar el pueblo, que estaba bien defendido, y que les hubiera costado muchas vidas ganarlo, se instalaron en una montaña próxima, y construyeron con piedras y troncos una rudimentaria fortaleza. Desde allí los estuvieron hostigando con sus armas, impidiéndoles salir a trabajar los campos, matando sus ganados... Así permanecieron varios meses. A aquel siniestro lugar le llamaron Padrastro nuestros hermanos de Montiel. Desde allí les disparaban, los amedrentaban, hacían gestos obscenos y se mofaban. Hasta que no pudieron más y en pocos días, gran número de ellos, recogieron sus enseres y sus ganados y, unos a pie y otros a lomos de sus asnos, llorando y abatidos, abandonaron sus casas y sus tierras que durante siglos habían pertenecido a sus antepasados”.

“-Nos ocurrirá lo mismo. Construirán una de esas fortalezas ofensivas, un Padrastro, y nos obligarán a irnos.” –aseveró Ismail.

Y así fue. Durante todo el día y en los sucesivos estuvieron cortando pinos y juntando piedras que arrastraban con los caballos. En menos de un mes habían levantado una empalizada que les protegía y que iba a ser su alojamiento hasta que lograran que las familias de Salfaraz abandonaran el lugar. Estaban cerca, escasamente a media milla. Desde allí gesticulaban y proferían gritos amenazantes. Los habitantes del pueblo, al principio, salían tímidamente, por las proximidades, con sus ganados, pero cuando hubieron finalizado la fortaleza, empezaron a acrecentar la presión, matando y dispersando los ganados, quemando los campos e impidiendo a las mujeres llenar las vasijas de agua en el arroyuelo que discurría entre El Padrastro y Salfaraz.

Yusuf ibn Amir ya lo había decidido. Era el cabeza de familia. Su padre había muerto de una extraña enfermedad siendo él muy joven y pronto empezó a ejercer como tal. Era el hombre y por ello le correspondía. Él, su madre y sus dos hermanas dejarían sus campos y su casa de Salfaraz y se encaminarían a un lugar de Granada al que los antiguos llamaron Úskar y más adelante los cristianos conocieron por Huéscar. Había oído que allí, en tierras granadinas, estaba naciendo un nuevo reino musulmán. Ibn Al-Ahmmar, descendiente de los Banu Nasr, familia muy poderosa conocida por haber seguido al profeta Mahoma durante la Hégira, había adquirido gran prestigio por las importantes derrotas que había infringido a los cristianos. Fue reconocido como sultán de Arjona, donde vivía, y hacía tan solo unos meses, aclamado como rey de Granada, tras su conquista, reinando con el nombre de Muhammad I.

Mucha gente del Valle de Segura había emprendido ya el camino. Con gran tristeza dejaban sus casas y la tierra que les había visto nacer. Pero no se iban para siempre, pensaban, ayudarían al Rey de Granada a crear un reino fuerte y temido y cuando lo lograran volverían a las tierras de Segura, a recuperar lo suyo y a acabar con aquellos infieles, que ahora les obligaban a irse, y que con sus costumbres, sus símbolos, sus creencias, sus cruces, estaban profanando aquellos lugares.

Poco más de un mes habría transcurrido desde la construcción del Padrastro cuando, una mañana, antes del amanecer, Yusuf, su madre y sus hermanas salieron sigilosamente de Salfaraz. Llevaban su asno cargado con los pertrechos más necesarios y un pequeño rebaño de unas veinte cabezas. Tomaron el camino de La Puerta, tan conocido para él, hasta una bifurcación existente a

una legua, junto a un gran río. Era el Wad al-ihmar, al que los antiguos habían llamado Tagus y también Tajo Parnaso y los cristianos Guadalimar. Dejaron la vereda de la izquierda, que conducía hasta la Puerta y después a Segura. Tomaron la derecha para cruzar el río por el viejo puente romano y dirigirse a Peñolite. Allí encontrarían a la familia de su madre y tal vez los convencieran para que les acompañaran en su largo viaje. Tan pronto como cruzaron el río cogieron el camino que discurría junto al cauce del Arroyo de Peñolite. Los ojos de Yusuf no se volvieron nunca hacia atrás pero no podía evitar que se nublaran al contemplar aquél maravilloso valle. Era un auténtico vergel. Los vecinos habían sembrado ya sus tierras. En las huertas, las alcachofas, berenjenas, judías, zanahorias, pepinos, espárragos... alternaban con las plantaciones de cáñamo y con las moreras. Tanta importancia tuvo el cultivo del cáñamo en aquellos lugares que los castellanos les llamarían después cañamares a los regadíos del lugar.

Toda esta riqueza permitía vivir holgadamente a los vecinos de este lugar. Tenían cubiertas sobradamente sus necesidades alimenticias y además, producían cáñamo y seda que vendían a los artesanos de Beas y antes de que cayera en manos castellanas, también a los de Alcaraz. Precisamente su tío Omar, hermano de su madre, tenía un gran moreral que cuidaba con esmero, mientras su mujer y sus hijos se encargaban de la cría de gusanos de seda.

Desde el puente sobre el Guadalimar hasta Peñolite había una distancia aproximada de algo menos de una legua, trecho que recorrieron lentamente a causa del ganado que se iba dando un festín con las abundantes hierbas con que la incipiente primavera les obsequiaba. Caminaban apesadumbrados por lo que dejaban atrás e intranquilos ante la incertidumbre acerca de lo que el futuro les depararía. “¿- Habrían llegado también allí los temibles guerreros cristianos?” -se preguntaban. No encontraban a nadie regando ni cavando en los huertos, siendo ya tiempo y hora de hacerlo y ello contribuía a acrecentar aún más su zozobra.

A medio camino, por fin, atisbaron a alguien que se afanaba en conducir el agua desde la acequia a su pequeño huerto. Al verlos pareció esconderse tras el tronco de una morera. Yusuf ya lo había reconocido, era Ahmed, vecino precisamente de su tío Omar. Lo saludó por su nombre y eso permitió vencer sus recelos. En poco tiempo lo puso al día: “-Las cosas en Peñolite no andan

bien. Desde que nuestros hermanos los Almohades abandonaron el castillo, la gente no se siente segura. Aún no han llegado los cristianos, pero todos sabemos que no tardarán. Ya han estado en Bujalamé y en La Puerta amedrentando a los vecinos y ordenándoles que se fueran. Según ellos, estas tierras son ahora suyas, desde que hacía ya unos años habían vencido a los nuestros en la batalla de Al-Uqab (ellos la llaman Navas de Tolosa). Iban camino de Segura para y después volverían para echarlos a todos de sus casas. ¡Qué será de nosotros!”

Yusuf y su familia lo dejaron con sus lamentaciones y apretaron el paso. Al salir de una curva del camino divisaron el Castillo, con sus torres y su muralla en perfecto estado. Había sido construido por los almohades hacía pocos años y lo habían abandonado tras la batalla de Al-Uqab. Se dirigieron directamente a casa de Omar a quien encontraron con su mujer y sus tres hijos, todos varones, los primos de Yusuf. Ninguno de ellos alcanzaba aún los doce años pero ya compartían las labores del campo, además de la cría de gusanos de seda. Estaban alterados y confusos como todos los vecinos. Y tenían miedo. No esperaban nada bueno de aquellos hombres sin piedad, de aquellos malditos infieles. Familiares de Bujalamé ya les habían contado cómo habían procedido con violencia y amenazas y mostrando unos papeles donde, según ellos, estaba escrito que todo aquello les pertenecía. “-¿Cómo es posible? -se lamentaba Omar- Estas tierras, con sus aguas y sus acequias, pertenecieron a mis padres, a mis abuelos, a los abuelos de mis abuelos...la casa donde ahora estamos la levantó mi padre con sus propias manos y yo le ayudaba, siendo aún un niño. La presa con la que regamos nuestros huertos la hicimos entre todos los vecinos...”

Por mucho que Yusuf le explicaba lo de la batalla y la triste derrota del ejército musulmán, no podía convencerlo. Aquello era suyo. Allí eran felices y Allah no permitiría que nadie se lo arrebatara, repetía una y otra vez. Por eso no insistió más. Le contó que él si estaba decidido. Iría a Huéscar con los suyos. Allí estaría seguro y además ayudaría al nuevo reino de Granada hasta que fuera tan fuerte y poderoso que un día pudiera regresar con su ejército a recuperar lo que le pertenecía.

Durmieron todos aquella noche en casa de Omar. La estancia, aunque digna, no era de grandes dimensiones, por lo que hubieron de hacerlo todos apiñados en la habitación principal. A

la mañana siguiente se despidieron durante largo tiempo con interminables abrazos y lamentos. Tal vez no volvieran a verse nunca, pensaban en el fondo. Lo sabían y eso les producía una gran desazón. Tomaron camino hacia el sur, cruzando el arroyo y pasando junto al lugar donde estaban los enterramientos. Allí Noor pidió detenerse para orar en el lugar donde su padre y su madre reposaban. Tras saltar una cadena montañosa, desde donde aún se divisaba Peñolite, dieron vistas a un amplio y hermoso valle en el que había un pueblo con un enorme castillo, encaramado en una montaña, toda de roca. Por lo que había oído Yusuf supuso que se trataba de Hornos. Lo bordearon por el este y comenzaron a subir por unas enormes montañas que parecía no iban a acabar nunca.

Afortunadamente, el tiempo era bueno por lo que podían dormir a la intemperie, aunque por la noche tenían que mantener varias lumbres encendidas y permanecer vigilantes para evitar que los lobos les atacaran. Avanzaban lentamente por culpa de las niñas y del ganado. No más de dos o tres leguas diarias. Cruzaron varios ríos en el camino. Sin duda el más importante fue el Wadi al-Abyad, el Río Blanco, a quien los castellanos llamarían después Río Segura. En sus fuentes acamparon una noche, maravillándose al ver cómo el agua brotaba a borbotones de una gran charca. Pero no podían disfrutar de tamaño encanto. La noche fue terrible, con los lobos aullando cada vez más cercanos y se le hizo interminable al joven que casi no concilió el sueño.

Amaneciendo, despertó a su madre y sus hermanas y nuevamente se pusieron en camino. Por primera vez había sentido miedo al pensar que si los lobos les atacaban no estaba seguro de poder poner a salvo a su familia. Hicieron una jornada muy rápida y antes de que llegara la noche, sentía a las fieras cada vez más cerca. Acamparon en un lugar bastante seguro, al abrigo de unas rocas, tras haber cruzado un riachuelo. Pensó que las aguas les podían poner a salvo. No fue así. Antes de la media noche se despertó sobresaltado. Las ovejas no cesaban de balar angustiadas. Estaban allí. A menos de veinte codos, un enorme lobo le mostraba sus dientes amenazante y detrás de él, moviéndose en la oscuridad, al menos otros cuatro o cinco. Estaban a punto de abalanzarse sobre ellos. Parecía el final. Pero podría haber una oportunidad. Tras ellos estaban las ovejas. Mientras su madre y sus hermanas, con palos, intentaban mantenerlos a raya, él retrocedió

unos pasos sin perderlos de vista y cogiendo un cordero se lo arrojó. Enseguida se abalanzaron sobre él, momento que aprovechó para dar suelta al resto del rebaño. Los lobos se dispersaron persiguiendo a las ovejas, lo que aprovecharon Yusuf y los suyos para huir precipitadamente, aguas arriba, por el cauce del arroyo. No les siguieron. Tenían suficiente festín con los pobres animales.

Habían salvado las vidas pero lo habían perdido todo: los víveres, el rebaño, que era el único medio con que contaban para iniciar una nueva vida en Huéscar y hasta su fiel asno, al que tuvieron que abandonar también y que, a buen seguro, ya habría sido pasto de los lobos. Estaban tan asustados que ya no se detuvieron más. Amanecía cuando por fin divisaron la impresionante silueta de una gran montaña. Era la referencia que le habían dado a Yusuf. Al pie de aquella montaña, que luego los cristianos llamaron la Sagra, estaba Huéscar. Las seis leguas que les separaban de allí las recorrieron en aquel día. Ya entrada la noche dieron con el lugar. Varias casuchas dispersas, lumbres y gentes viviendo a la intemperie. Cuando hablaron con ellos pudieron comprobar que eran en su mayoría de los pueblos y caseríos de su tierra, el Valle de Segura que, como ellos, habían huido de los cristianos tratando de salvar sus vidas y las de los suyos. Los había de Hornos, Siles, Catena, La Puerta, Beas, Segura, Torres, Albanchez...

Yusuf rezó largo rato. Estaban allí, exhaustos, hambrientos, con los pies ensangrentados y no contaban con nada pero habían llegado a una nueva tierra lejos de los infieles, de sus cruces y de sus guerras. Esperaba no volver a verlos nunca más.

TRAICION Y MUERTE EN MONTIEL

La emoción que yo sentía era tan intensa, la posibilidad de alcanzar el sueño de mi abuelo se me antojaba tan cercana, que el duro y largo camino desde Huéscar me parecía poco más que un paseo. Caminando siempre en dirección Norte, volví a pasar por los mismos lugares que mi tatarabuelo ciento treinta años atrás. Iba muy aprisa, sin apenas descansar. Al tercer día pasé junto a Hornos. Me llamó la atención que todo se encontraba casi abandonado y las tierras sin cultivar. Si la descripción de mi abuelo era correcta, saltando la cadena de montañas que se encontraban al frente, avistaría Peñolite y al fondo, dos leguas más al norte, Salfaraz. Mi corazón latía cada vez con más fuerza y ya no me detuve hasta que coroné la cima. Miré hacia el valle y no veía población alguna. No obstante, me puse a descender la ladera norte de la montaña con celeridad. Allí debía estar Peñolite, pero ¿dónde? Por fin, en un pequeño montículo, envuelto en una exuberante arboleda que casi lo ocultaba por completo, vi el castillo. Me encontraba a unos quinientos codos de él. Me acerqué sigilosamente. No sabía si estaba habitado, aunque el silencio y el abandono eran tales que parecían indicar que no era así. Tras permanecer inmóvil un buen rato, amarré el caballo a un árbol y me adentré, a pie, en el recinto. No había rastro alguno de vida humana. Árboles y matorrales brotaban por todas partes, en el suelo y en las paredes de los edificios. Debía llevar mucho tiempo abandonado. “-Por qué habrían echado de allí a mis antepasados para después abandonarlo todo?” -me preguntaba. Entristecido volví a por mi caballo y descendimos juntos por el arroyuelo. Las acequias estaban destruidas por la maleza, las tierras incultas, las moreras envueltas en zarzas... Me llamó la atención ver cómo los espárragos, una de las hortalizas más apreciadas por mis antepasados, se criaban ahora sin orden alguno, dispersos en los campos y los caminos. Se habían asilvestrado.

Caminaba con precaución, aunque lo cierto es que no se apreciaba rastro alguno de vida humana. En seguida llegué a un gran río. Era, sin duda, el Wad al-Ihmar, o río colorado, y en verdad que hacía honor a su nombre: bajaba muy crecido con las lluvias de primavera y el agua arrastraba las tierras rojizas de aquellos lugares. Lo crucé por el viejo puente que, aunque antiguo,

se mantenía aún en buen estado a pesar de haber soportado durante siglos las fuertes embestidas de aquél caudaloso río. Frente a mí estaba la gran montaña que era conocida por el nombre de Cabeza de Salfaraz. Tras ella, al Norte, debía estar el pueblo o lo que de él quedara, que llevaba su mismo nombre. La bordeé por el Oeste y en muy poco tiempo lo avisté. Desde el camino, a menos de media milla, lo estuve contemplando asentado sobre una pequeña colina. Lloré desconsoladamente de emoción, recordando a mis antepasados, al primer Yusuf Ibn Amir que un día huyó de allí para poner a salvo a su familia. Sentía los olores de los que tanto me habían hablado. “-En ningún lugar del mundo huelen, como allí los lentiscos, los romeros, las jaras, o la mejorana.” -le había contado a mi abuelo.

Los edificios se veían muy deteriorados desde aquella distancia. De pronto observé un delgado hilo de humo que salía de una de las casas. Sin duda alguien mantenía encendida una lumbre: ¡era el primer rastro de actividad humana observada desde hacía días! Aunque lo estuve dudando unos instantes, al final decidí pasar de largo. Ya tendría tiempo de examinar el lugar más detenidamente a la vuelta. Tomé a la derecha el camino que me llevaría a las proximidades de Montiel, donde me reuniría con las tropas granadinas que acompañaban al Rey Don Pedro I de Castilla. Al principio atravesé un paisaje singular, con campos totalmente cubiertos de plantas con flores de color amarillo. A la derecha, en medio de aquellos campos, había un pequeño pueblo. Por las referencias de mi abuelo, en seguida supe que era aquél el lugar que llamaban Assinabis y que aquellas plantas recibían el mismo nombre. De la misma existían dos variedades, la una era pasto para el ganado y la otra producía unas semillas de la que se obtenía la mostaza blanca, tan apreciada en la cocina árabe. Aquel pueblo sí estaba habitado y, con toda seguridad, por cristianos, lo que me obligaba a cabalgar con sigilo y evitando los espacios abiertos.

Hice noche en aquellos campos al pie de una de las enormes encinas que allí se criaban. Tenía que dar buen descanso al cuerpo y también al alma por las emociones vividas. Al día siguiente, si mis cálculos no eran erróneos, cruzaría el río Guadalmena y, en cualquier momento, podría encontrarme con las tropas. Y así fue. A media mañana, ya pude otear en la lejanía la gran polvareda que levantaban los ejércitos. Crucé el río, no sin dificultad, pues no encontré puente

alguno en aquél lugar y logré acercarme a una avanzadilla de las tropas que, por su indumentaria, supe que eran de mi Rey. Les grité desde lejos, en nuestra lengua, lo que me permitió acercarme e identificarme sin dificultad. En pocas palabras les conté cómo había llegado hasta allí y les hablé de mi pretensión de unirme a ellos.

Nos encontrábamos en las proximidades del castillo de Eznavejor, a no más de tres leguas de Montiel. A mí me integraron en uno de los batallones compuesto por unos mil musulmanes granadinos, según me dijeron. Por delante de nosotros, tan sólo estaban las tropas que desde Tlemecen, en el Norte de África, habían acudido también a la llamada de Mohammad V. Era evidente que el rey de Granada estaba apostando fuerte para que el rey castellano saliera victorioso del envite, esperando obtener de ello grandes compensaciones económicas y territoriales. Don Pedro sólo le tenía a él, le había abandonado su aliado inglés, El Príncipe de Lancaster, mientras que su odiado hermanastro, Enrique de Trastámara, contaba con el apoyo de Francia que había enviado a las temibles Compañías Blancas bajo las órdenes del no menos temible Barón du Guesclin.

Poco puedo contar de lo que allí ocurrió. Sólo que mi batallón y el de los norteafricanos estábamos a las puertas de Montiel en apenas dos días. Al parecer debíamos esperar la llegada de tropas cristianas procedentes de ciudades castellanas y del Andalucía leales a la causa petrista. También de gran número de judíos. Pero los ejércitos de Enrique habían avanzado con extrema rapidez, cabalgando día y noche, quemando los campos para desplazarse en la oscuridad. El objetivo era sorprender al enemigo antes de que dispusiera de todos sus efectivos. Y a fe que lo consiguieron. Embistieron con tal dureza y brutalidad contra nosotros, con tantos medios, que el combate fue totalmente desigual. Sus armas y pesadas armaduras, sus robustos caballos del norte... eran terriblemente eficaces para un enfrentamiento a campo abierto como aquél. En poco tiempo aquellas llanuras quedaron sembradas de cadáveres, en su inmensa mayoría de musulmanes. En sólo unas horas pasamos de la ilusión a la decepción. La derrota era aplastante. El rey Pedro había sido traicionado por los judíos, que se retiraron sin combatir, por varios de los señores castellanos que le acompañaban y hasta por alguno de sus más fieles sirvientes. Todo esto

lo supe mucho tiempo después, así como de su muerte a manos de Enrique, que lo apuñaló repetidamente con ayuda del francés Du Guesclin. Así acabó la vida y el reinado de aquél rey al que ya entonces unos llamaban Pedro El Cruel y otros, Pedro el Justiciero.

Yo había caído gravemente herido víctima de una puñalada en el costado derecho. Aún tuve fuerzas para desvestir a un soldado de D. Enrique que yacía muerto a mi lado y ponerme sus ropas. Sólo pensaba en huir y en pasar desapercibido. A duras penas logré subir a mi caballo que había permanecido a mi lado y me encaminé hacia el sur. Sólo recuerdo haber llegado hasta el río Guadalmena y haberlo cruzado con enormes penalidades. No dejaba de perder sangre y cada vez me encontraba más débil.

Mi situación era desesperada. La mayoría de los soldados musulmanes habían muerto y los supervivientes huían en desbandada. Pero, ¿a dónde ir? Enrique, enemigo declarado del Islam, era, con toda seguridad, el vencedor. Pronto empezaría a reinar y sus decisiones serían siempre contrarias a los intereses del pueblo musulmán. Seguramente, los cristianos, en breve, intentarían ocupar nuevamente Huéscar. El futuro no podía presentarse más oscuro.

Debí perder el conocimiento porque de pronto desperté. Estaba en una cama, junto a un leve fuego, en una pequeña habitación. Me observaba expectante una mujer, la joven más bella que jamás había visto. Era rubia, de tez y ojos claros, una auténtica deidad. Mis ojos no daban crédito a lo que veía. “-¿Dónde estoy?” –Pregunté en la lengua de los castellanos- Una voz cálida y acogedora me proporcionó la respuesta más inesperada y más querida que jamás habría podido soñar: “En Salfaraz”.

Era tal mi dicha que pensé vivir un sueño. Cuando creí que el final de mis días había llegado en aquellas llanuras de Montiel, desperté en la tierra de mis antepasados y bajo los cuidados de aquella bellísima joven. En poco tiempo me puso al corriente de todo: mi caballo me había conducido hasta aquel lugar. Llegué sin sentido y así permanecí durante siete días. Había temido realmente por mi vida. Ella se llamaba Isabel y vivía allí temporalmente ayudando a su padre y a su tío. Eran de Xenabe, el lugar al que los árabes habían llamado Assinabis y tenían arrendadas

aquellas tierras propiedad de la Orden de Santiago. Estaban en el campo y regresarían al atardecer. Llegados a este punto me vi obligado a sincerarme contándole en poco tiempo mis orígenes, mi vida y cómo había llegado hasta allí.

Para cuando su padre, Alonso Sánchez y su tío Juan, llegaron ya atardeciendo, Isabel y yo habíamos establecido un verdadero lazo de amistad. Parecía como si nos hubiéramos conocido desde siempre. Eran todas personas afables, abiertas y tolerantes. A pesar de ser cristianos, no llevaban sus creencias al límite de la intransigencia. Su dura existencia, los desengaños, la explotación a la que los sometía la Orden de Santiago, les habían conducido a esa forma de ver las cosas. Mientras me recuperaba lentamente de las heridas, mi relación con Isabel se fue haciendo cada vez más estrecha hasta que la amistad inicial trocó en fuerte y apasionado amor. Así se lo dije a Alonso, su padre, una tarde a la vuelta del campo. Éste, que ya algo se barruntaba, se apresuró a bendecir nuestra relación y autorizar nuestro matrimonio que celebraríamos en Xenabe cuando regresáramos. Aunque tendría que ocultar mi nombre, mi identidad y mi procedencia. Me llamaría Jesús, Jesús Ruiz y sería un familiar lejano que había llegado de tierras castellanas, de Burgos.

Y así acaba mi historia, con un final tan feliz como inesperado. Yo, Yusuf Ibn Amir, el Tercero, había logrado hacer realidad el sueño de mis antepasados: el regreso a Salfaraz. Aunque el camino para lograrlo, no hubiera sido la guerra, sino el amor. Allí viviría, lejos de reyes y de reinos, de cortesanos, de intrigas y de credos. Pegado a la tierra para amarla y trabajarla.